

DIEGO URIBE

Nació en Bogotá el 1.º de Septiembre en 1867, y se educó en el Colegio del Rosario. Es uno de los poetas notables entre los jóvenes : su *Selva*, sencillo canto descriptivo, ha obtenido merecidos elogios de la prensa colombiana y la española.

DÍA DE DIFUNTOS

Hoy todo es triste, las campanas tienen
En sus dobles, tristezas funerarias,
Los hombres oran, los recuerdos vienen,
Y al cielo van tañidos y plegarias.

Triste un tañido por el aire inquieto,
Llegó al lugar donde los muertos moran,
Y en cada tumba dijo al esqueleto :
— Despierta de tu sueño, que te lloran.

Deja tus horas de quietud tan largas,
Contempla las guirnaldas que te traen,
Y recoge las lágrimas amargas
Que gota á gota en tu sepulcro caen.

Se animó entonces la materia inerte
 Por largo tiempo en su ataúd dormida,
 Y dejando la calma de la muerte
 Tornó á mirar la lucha de la vida.

Los negros ataúdes se entreabrieron,
 Las heladas rodillas rechinaron,
 Las raídas mortajas descendieron
 Y en su tumba los muertos se sentaron.

Y al contemplar en polvo convertidos
 Las vanidades y el poder humanos,
 Y víctimas y esclavos confundidos
 Con cetros y coronas y tiranos,

Se contemplaron los despojos yertos,
 Y sus cóncavos ojos, compasivos,
 Hacia el cielo elevaron, y los muertos
 Lanzaron un gemido por los vivos.

.

Voló el alma del cuerpo desprendida,
 Tornó á su fosa la materia inerte,
 Y dejando la lucha de la vida
 Tornó á buscar la calma de la muerte.

Ya espesa sombra el horizonte cierra,
 Aun vibra la campana en son de duelo,
 Ya oculta los cadáveres la tierra
 Y brotan las estrellas en el cielo.



¿ CIEGO ?

I

Sentado en una loma al pie de una barranca
 Con su guitarra amiga, á solas, canta un ciego,
 Y notas tristes, lánguidas al instrumento arranca,
 Con la tristeza mística del solitario ruego.

Lo envuelven resplandores del sol, crepusculares,
 Los vientos de la tarde su cabellera azotan,
 Y al par que en el espacio se pierden sus cantares
 Gotas de amargo llanto de su pupila brotan.

El sol bañó en sus rayos de resplandores rojos
 El fruto de esos párpados, inmóviles y muertos,
 Y yo enjugué una lágrima al ver aquellos ojos
 Para el placer dormidos, para el dolor, despiertos.

Para él no hay sol radiante, ni noches estrelladas,
 Ni amarillenta luna que surque el firmamento ;
 Para él no hay cariñosas sonrisas ni miradas,
 Ni pájaros errantes que crucen por el viento.

Para él no hay más que sombra. Para él nada ful-
Es justo que se aflija y en su aflicción implore, [gura;
Y que cuando alce un canto desde su noche oscura,
Arranque notas tristes á su guitarra, y llore.

II

Pero también la sombra cruzan radiantes huellas;
En negros nubarrones el rayo centellea;
En las oscuras noches fulguran las estrellas,
Y surge entre la sombra más diáfana la idea.

Si más que luz da sombra la claridad del día
Y el mundo de la forma, la humanidad ofusca,
¿El ciego ve el impulso divino que lo guía,
Y claros los misterios que en vano el hombre busca?

¿Verá en su fondo mismo de Dios la omnipotencia?
¿Traspassará los lindes del misterioso arcano,
Y con los ojos fijos por siempre en su conciencia
Conocerá el abismo del corazón humano?....

Entonces que no llore, que cante, que sonría,
Más lumbre hay en sus ojos y en su interior más
Que no abra la pupila porque la luz del día [calma;
Puede lanzar tinieblas sobre la luz de su alma.



DÍA CON SOL

(Á LAS DIRECTORAS DEL COLEGIO PESTALOZZIANO, SEÑORA
EVA GOODING DE CÁRDENAS Y SEÑORITA
PAULINA GOODING)

Y Adán soñaba, y al soñar veía,
Medio oculta en neblina vaporosa,
Una etérea visión, que descendía
Con resplandor y majestad de diosa.

Y se acercaba más, y á su presencia
Sintió el deseo ardiente, de improviso,
De confundir con ella su existencia,
De repartir con ella el Paraíso....

¿Por qué las brisas, al pasar, tan suaves?
¿Por qué tan puro el resplandor del día?
¿Por qué tan dulce el canto de las aves
Mientras el hombre en el Edén dormía?

Porque queriendo ahorrar penas y enojos
Al hombre en su camino comenzado,
El Señor quiso que, al abrir los ojos,
Mirase Adán su sueño realizado.

Y como prueba de su amor profundo
 Envío á la tierra un soplo soberano,
 Y permitió que descendiera al mundo
 La augusta madre del linaje humano.

Y surgió la mujer — do la figura
 Se ostentaba del hombre — solitaria,
 Y con ella el amor y la hermosura,
 El arrullo, el perdón y la plegaria.

Surgió la esposa que el hogar convierte
 En rincón tibio do la dicha mora,
 Y anima al hombre en lucha con la suerte,
 Y le enjuga las lágrimas, si llora.

La madre que en hogar tranquilo y santo,
 De la virtud ceñida la corona,
 Las suaves notas de amoroso canto
 Junto á la cuna de su niño entona.

La hija tierna, la rubia cabecita,
 Que hace que sueñe la cansada mente,
 Cuando prendida al cuello deposita
 Su tibio beso en la paterna frente.

La abuela que adormece con cariño,
 Sobre su canto, al nieto, conmovida,
 Al contemplar lo que le espera al niño
 En el rudo combate de la vida.

El ángel que con blanca vestidura
 Y llevando en el rostro la alegría,
 Va endulzando en el mundo la amargura,
 En medio de los lechos de agonía.

La sabia institutora que su anhelo
 Cifra en formar el mundo del mañana,
 Y hace que encuentre la virtud modelo,
 Y augusto templo la piedad cristiana.

Por eso eran las brisas tan suaves,
 Y era tan puro el resplandor del día,
 Y era tan dulce el canto de las aves
 Mientras el hombre en el Edén dormía.





EN EL JARDÍN ZOOLOGICO

Á JOSÉ A. SILVA

I

Con nostalgia de víctimas, la boca,
Y nostalgia de selva, la mirada,
Con la febril excitación del preso
Que su perdida libertad reclama,
En incesante batallar se agita
En su estrecho cubil la tigre hircana.
Nerviosa corre en torno de la reja,
Sacude y muerde las seguras barras,
Y el eco sordo de feroz rugido
Agita el aire de la estrecha jaula.
De su cubil en el rincón más hondo,
La cola tiende, las orejas para,
La piel repliega, la cerviz recoge,
Y como flecha, por el aire salta,
Recibe el golpe, por el suelo rueda,
Tiembla la reja de seguras barras,
Pero la fiera se levanta, gira
Y otra vez ruge, se repliega y salta.

DI-GO URIBE.

351

II

Del ya naciente sol de primavera
Un tibio rayo penetró en la jaula,
Y en tanto un viento perfumado y fresco
Que en los barrotes, al entrar, silbaba,
Llegó hasta el fondo de la jaula estrecha
Y acarició la fiera aprisionada.
Algo como una turba de recuerdos
Debió sentir y ver en esa ráfaga;
Algo como la arena del desierto,
Algo como las hojas de las palmas,
Algo como los ecos de los bosques,
Algo como perfume de montaña;
Porque se echó donde el reflejo tibio
Del sol de primavera, penetraba,
Y abrió los ojos al azul del cielo
Y abrió el pulmón á las tranquilas auras;
Tendió el hocico entre sus fuertes brazos,
Batió la cola y escondió las garras,
Nubló su frente sombra de tristeza,
Rugió un gemido su feroz garganta,
Y apareció una lágrima luciente
En la pupila de la tigre hircana.



ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS

Nació en Curití, Departamento de Santander, el 12 de Enero de 1865, y se educó en Bogotá. Ha escrito muy bellas poesías, como se verá por *Mi musa*.

MI MUSA

(AL SEÑOR D. MIGUEL ANTONIO CARO)

¡ Oh mi Musa! ¡ oh mi novia!
¡ Oh mi pálida amada!
Cuando el pesar mi corazón agobia
Como aurora me alumbra tu mirada.

De un sueño tú naciste,
De un sueño de poeta,
Te dí nevada sien, mirada triste,
Cabellos rubios y cintura inquieta

Cuando á mí tu pie breve
Diriges — siempre en calma —
Parece que vinieras de la nieve
Y demandaras el calor de un alma.

Indefinible encanto
 Hay en tu rostro impreso,
 Calla en mi alma del amor el canto,
 Muere en mis labios, sin salir, el beso.

Cuando á mi lado veo
 Tu faz radiante y bella,
 En mí no arde la llama del deseo,
 Mi amor es rayo de lejana estrella.

Siempre á mi voz respondes,
 Y á mí estás tan unida
 Que ni misterios en tu pecho escondes,
 Ni hay para tí secretos en mi vida.

Llegas á mí sin ruido
 En noches estrelladas
 Y, tu mano á mis manos, al oído
 Me cuentas tú leyendas y baladas.

Y el paseo emprendemos
 Al rayo de la luna,
 Y cantando al compás de nuestros remos
 Bogamos en la diáfana laguna.

En selvas rumorosas
 Te oigo historias secretas :
 Lo que sueñan las vírgenes hermosas,
 Lo que sueñan los pálidos poetas.

Á los silfos dormidos
 Tú, trémula, apostrofás,
 surgen de los cármenes floridos
 Cual mariposas blancas las estrofas.

Y en castillos feudales
 Cruzando sus arcadas,
 Me narras los torneos medioevales
 Y cuentos de princesas encantadas.

Mi musa es musa casta,
 Musa con aureola :
 Como su amor á mi ternura basta,
 En mi alma reina, inmaculada y sola.

¡ Oh novia sin engaños !
 ¡ Oh musa soñadora !
 Di siempre la canción de los veinte años
 En el fondo del alma que te adora.

